

VUELTA Y OCASO DE LA IDEA SOCIALISTA

EN sucesivos artículos hemos intentado esbozar lo que ideológica e históricamente supone el socialismo. Ahora queremos cerrar la exposición poniendo de relieve un fenómeno muy curioso que siempre nos ha llamado la atención y que queremos designar como el *ritornello* de la idea socialista. Nacida ella en el primer tercio del pasado siglo como obra de los republicanos radicales que querían completar la obra de la revolución francesa, cayó muy pronto en manos del marxismo sufriendo varias transfiguraciones (o desfiguraciones): obrerismo cerrado en vez de humanismo abierto, con la consiguiente tendencia a la dictadura del proletariado y abandono de la democracia del sufragio universal; desplazamiento del fin (justicia social, igualdad económica) por uno de los medios posibles (colectivización estatal), y tránsito de una "doctrina" de transformación social, eminentemente práctica, a una "teoría" escolástica y dogmática, aislada de la *praxis* por obra y gracia del socialismo "científico" marxista. Pues bien, ahora intentaremos mostrar cómo la idea, en su desarrollo histórico, ha manifestado una fuerte tendencia a *corregir esas desfiguraciones, volviendo a su estado primitivo*. Pero antes de exponer las vicisitudes de ese *ritornello*, de esa danza histórica, queremos recordar que la idea socialista en sí es una entidad abstracta que, para hacerse carne en el terreno de los hechos históricos, necesita participar en las "ideitas" subjetivas de los hombres de acción. No es una luz que re-

corre por sí sola el firmamento de los hechos sociales, como un lucero; es la antorcha olímpica que las generaciones humanas deben transmitirse unas a otras. Y en esas transmisiones, tras ser asumida por el marxismo, ha tendido por lo menos en cuatro ocasiones a recobrar sus perfiles originarios.

LA primera, a fines del pasado siglo con el llamado *revisionismo marxista* de Eduardo Bernstein. Al advertir, sobre todo, que el capitalismo no se hundía con la prontitud profetizada por los maestros, se empezó a distinguir entre "aspiraciones supremas" (logro de la sociedad socialista) y "mejoras inmediatas" (legislación laboral, seguros sociales, etc.). Postergadas las primeras y estimando factibles las segundas por medios auténticamente democráticos (Marx y Engels dijeron ya algo sobre esto al final de sus vidas), se produjo un retorno a la democracia burguesa, que ya iba aceptando el sufragio universal, y a sus principios de libertad. Para Bernstein la democracia no era sólo medio para el socialismo, sino también su "sustancia"; se suavizó la tendencia estatificante e incluso el dogmatismo científico se sometió a crítica racional; aunque esto último no nos interesa ahora. Esta reacción trajo la contrarreacción "ortodoxa" de Karl Kautsky y los suyos. El segundo lance en esta danza histórica se acusa después de la primera guerra mundial, cuando la socialdemocracia de la II Internacional cedió plenamente a las exigencias de la democracia liberal (ver YA 15-11), a lo que respondió el contragiro de los bolcheviques, para los que ahora el mismo Kautsky apareció como un "renegado", llegando el rigor marxista más allá incluso de los propósitos de los fundadores. A la suavización de esos rigores en los años treinta y posguerra de 1945, respondió el socialismo con declaraciones formales de democratización, renunciando expresamente al marxismo (al obrerismo y a la lucha de clases); lo que muy bien puede considerarse como el tercer paso en el *retornello*. Parecía que en 1953, tras el "deshielo" anunciado después de la muerte de Stalin, se ini-

ciaba incluso un tímido contrapaso en el marxismo-leninismo; pero la verdad es que ya bajo el gobierno de Jruschov y aún más con sus sucesores, se produjo una "reestalinización" que redujo casi a cero aquellas esperanzas. Lo cual habría de provocar el cuarto retorno, con el que se ha llamado *comunismo reformista* o "socialismo de rostro humano", "humanismo socialista", etc. Con los antecedentes tímidos de la Yugoslavia de Tito y las doctrinas de Togliatti, se difunde especialmente por Polonia, Hungría y Checoslovaquia. Mas si los tres primeros retornos lograron éxito, en éste la reacción marxista ahogó toda posibilidad, no con la dialéctica materialista, sino con la dialéctica de los tanques (Hungría, 1956, y Checoslovaquia, 1968). Estas represiones brutales y la promulgación de la Constitución rusa de 1977, consagrando definitivamente (?) la dictadura del partido, parecen haber paralizado el *ritornello* socialista más allá del telón de acero.

AHORA preguntamos: ¿en qué punto de ese bailable histórico vienen a encajar los movimientos socialistas y comunistas españoles? Antes de contestar a esta pregunta deseamos todavía hacer una indicación histórica de carácter general que perfila la nueva fase del proceso como posible *mutis de la Idea socialista*. "Tantas idas y venidas, tantas vueltas y revueltas" parece que han agotado la vitalidad de esa idea, que languidece en el mundo de las realidades, deja de ser una idea-fuerza y se convierte en una pura añoranza de lo que pudo ser, pero que no llega a ser. No se trata sólo de explicar los hechos con una metáfora coreográfica, sino de interpretarlos recurriendo a la ley que un sociólogo alemán ha llamado de *intensidad decreciente de las utopías*. No es que éstas, glosaremos nosotros, se vayan extinguiendo por sí solas, por su exclusiva dialéctica interna, como la llama se extingue, sino porque en la transmisión de la antorcha de generación en generación la que la recibe va perdiendo el

A. PERPIÑA
RODRIGUEZ

(Continúa en pág. sigte.)

LA IDEA SOCIALISTA

(Viene de la pág. anterior)

entusiasmo por algo que ella no creó y que además se ha ido deteriorando en el choque con las realidades sociales y humanas, y del idealismo se pasa al oportunismo acomodaticio. Quizá exageraba Renan cuando comparaba a los miembros de las secciones de la I Internacional con las comunidades de los primitivos cristianos; pero, en todo caso, éstos socialistas y comunistas de ahora, bien provistos de todos los bienes y servicios del buen vivir burgués (cuando no sentados cómodamente en las poltronas del poder), no tienen ninguna prisa en traer el socialismo... y éste no viene por virtud de la Idea misma. Tal aburguesamiento y el desengaño acarreado por las experiencias socialistas (singularmente en Rusia, donde la igualdad, clave del socialismo, se abandona oficialmente como una ideología pequeña burguesa, y en Inglaterra, en que los cinco años de gobierno Attlee dispararon más de medio siglo de ilusiones laboristas) están preparando el mutis de la Idea socialista, la cual se manifiesta como de imposible realización mientras los hombres sean como son. Y hay todavía algo quizá más grave.

DECIMOS que el socialismo va resultando una utopía irrealizable, pero ¿no es ya una realidad? No nos referimos al mundo de más allá del telón de acero, sino al mundo del capitalismo mismo. Porque ¿qué dirían nuestros abuelos liberales de las nacionalizaciones, de las planificaciones, del constante intervencionismo en todos los terrenos, de la Seguridad Social y de la gran presión fiscal de los llamados países capitalistas? Dirían, y con razón, que eso es socialismo.

Junto a la socialización formal y oficial de los países comunistas se ha producido lo que un autor alemán llama la "socialización fría", en méritos de la cual resulta que "el socialismo ha venido; nadie sabe cómo ha sido". Decepción plena ante la burocracia desigualitaria soviética, desilusión ante las realizaciones parciales del socialismo democrático, falta de ilusión por las leyes "frígido-socializantes" del neocapitalismo... todo eso, mezclado con el espectáculo general del mundo, que aleja aún más la esperanza de la fraternidad humana, es lo que está precipitando el mutis de la Idea socialista, cansada de girar y contragirar en el gran baile de la historia. No es eso, no es eso, podría exclamar la Idea (y los idealistas) como Ortega dijo en su momento.

Y en tales momentos históricos advienen en España la democracia y los programas socialistas. Los que no aspiramos a cargos públicos percibimos ese ocaso del Ideal socialista, y recordamos las palabras del economista norteamericano Galbraith: el socialismo no es hoy más que "gobierno por socialistas que han aprendido que el socialismo, tal como se entendía anteriormente, es irrealizable". El mutis de la Idea nos está dejando en la desolación de las tinie-

blas, sin antorcha olímpica que transmitir a nuestros hijos. Tanto más cuanto que el "gobierno por socialistas" apenas si ofrece algo más que el socialismo frío de los neocapitalistas. Del PSOE a UCD sólo hay un paso, y ni uno ni otra pueden entusiasmar ya. A lo sumo, el socialismo nos va quedando como un medio técnico de aumentar la producción, pero sin ningún brillo ético o cultural. Queda como opción de momento el Partido Comunista Español (los situados a su izquierda puede que sean más utopistas, pero su falta de realismo, cuando no su actitud terrorista, los hacen irrecomendables). Aquí puede levantarse un gran interrogante, mejor dicho, dos. ¿No será el eurocomunismo de Carrillo el quinto lance en el retorno histórico de la Idea socialista? Es posible, pero tiene que cambiar mucho. Todavía manifiesta excesivas adhesiones y adherencias al marxismo-leninismo para merecer crédito de vuelta plena y sincera a los ideales originarios del socialismo. La otra pregunta que puede suscitarse es si, en todo caso, el Ideal socialista es lo mejor y lo más deseable. Puede que sí; pero como ese Ideal no viene por sí mismo, tienen que ser los hombres socialistas y comunistas los que lo demuestren con su conducta pública y privada. Que, en último término, y volviendo a las expresiones de *Quadragesimo Anno*, sin una auténtica *emendatio morum* de nada sirve la *reforma institutionum*. El socialismo es cosa de ángeles, no de hombres; tal como son actualmente; más los ángeles ni lo piden ni lo esperan, porque ya lo tienen. Naturalmente que no el socialismo marxista.

**A. PERPINA
RODRIGUEZ**

(De la Real Academia de Ciencias Morales y Políticas)